

MOCEDADES DE MATÍAS ROMERO*

*Harry BERNSTEIN,
Brooklyn College*

MATÍAS ROMERO tenía apenas veinte años cuando saltó la chispa del liberalismo mexicano en 1857. Había crecido durante la época en que Antonio López de Santa Anna hizo su historia personal aniquilando casi la de México como nación independiente.

Nació Romero en 1837 en la vieja Oaxaca, del Mediodía mexicano. Fue paisano, amigo de toda la vida y asociado a dos presidentes de México: Benito Juárez y Porfirio Díaz, oaxaqueños también.

Rodeado en su infancia y en sus años de formación por las grandes ruinas, monumentos y testimonios arqueológicos de una civilización india nada común, Matías Romero debió haber absorbido alguno de sus efluvios. Pero más debe a la sociedad hispanoeuropea en que nació. Fue criollo y liberal; para él, todo progreso material y toda libertad nacional de México habrían de asentarse más allá de su notable pasado y su presente. Romero pensaba en un futuro mexicano —y laboraba por él— de carácter republicano, orientado al quehacer económico y con clases propietarias. Pero si Matías Romero no sentía amor por lo indígena —como lo sintieron los indigenistas—, tampoco menospreció ni explotó al indio mexicano. Fue un producto de la civilización occidental, con sus valores políticos y culturales, mas nunca dejó de ser mexicano por patriotismo. Defendió al indio de México contra los defectos que otros le atribuían y veía en él cualidades de ciudadano y hombre de trabajo.

* Este estudio se hizo bajo el patrocinio de la American Philosophical Society.

El México de la infancia y la adolescencia de Romero era ya un país de violencia política, contrastes socio-económicos, continuidad del clericalismo colonial y la aristocracia terrateniente. Había también otros jóvenes que, como él mismo, estaban prestos a emprender un nuevo camino bajo la guía de una generación de liberales más viejos. Romero decidió seguir por la senda de sus paisanos oaxaqueños Juárez y Díaz, que reemplazaron con sus ideas propias la reaccionaria noción que Santa Anna tenía de México. A diferencia de aquellas dos figuras liberales, Romero consumió buena parte de su vida posterior en Estados Unidos y al servicio de aquella nación. Viajó también mucho por México, Estados Unidos y Europa, ampliando así sus horizontes aún más.

Sus raíces familiares quedaron en Oaxaca, aunque nunca regresó a vivir en aquel Estado. Romero se encauzó por la vida de las asociaciones comerciales, políticas e interamericanas de Nueva York, Washington, Guatemala y la ciudad de México. Siguió siendo, antes de nada, mexicano por su afición y, después, norteamericano por sus experiencias y sus ideas constitucionales y financieras. Romero fue el más grande de los *pochos* —como llaman en México a los mexicanos que se asimilan demasiado a los Estados Unidos— y sus opiniones, su conducta y sus ideas políticas se engendraron en el ambiente, en los orígenes y en las circunstancias de su carrera.

El Estado de Oaxaca nunca estuvo postergado en sus pensamientos, por lejos que hubiera ido después en su vida. En él se daban la mano los intereses regionales, nacionales y hemisféricos. Allí quedaban sus padres, tíos, hermanas, hermanos, maestros, amigos políticos de su vida, y sus tierras cafetaleras, sus fincas y sus inversiones en los ferrocarriles. Aquel Estado dio a Romero su sentido regional del sur de México. Tierra de indios tranquilos, pintorescos, de manos habilidosas, Oaxaca era ya museo abierto de grandes ruinas aborígenes, vastos túmulos y futuras excavaciones en busca de la cultura muerta del pasado indígena mexicano. Pero se diría que Romero no advirtió la presencia del indio oaxaqueño; el toque del indianismo arqueológico, político y social correspondió a otros hombres de Oaxaca, no a Romero. Sus

contactos personales con los indios —como los montañeses de Guatemala— sólo iban a proporcionarle turbación. Tal vez, si su primera educación hubiese sido más literaria y menos legal, hubiera declamado con mayor conciencia en favor del indio, como los líderes políticos más retóricos de México o los poetas quejumbrosos. El romanticismo le hubiera afectado, aun siendo criollo con sangre española. Sus mejores amigos —uno de ellos su paisano el presidente Benito Juárez y el otro el poeta Vicente Riva Palacio— eran de raza y apariencia indígenas puras. Pero si Romero no simpatizaba públicamente con los indios, tampoco fue su enemigo en modo alguno. Las juveniles y emancipadoras asociaciones de aquellos años de instrucción, unidas al conocimiento del mundo que ganó en sus viajes y en los largos años de residencia en el extranjero (en Estados Unidos y en la Europa Occidental y Oriental) imbuyeron en Romero un liberalismo y una tolerancia étnicos muy alejados del positivismo comtiano anti-indígena que se puso de moda en México desde 1870 hasta 1900, de una vez por todas.

El pensamiento y las opiniones vigentes en la ciudad de Oaxaca durante los años del siglo xix en que Romero acudía a la escuela se movían con lento paso por el camino de las reformas políticas y pedagógicas que había iniciado el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca. Asistieron a él Benito Juárez, Porfirio Díaz, Matías Romero, Ignacio Mariscal y todos los jóvenes de Oaxaca que después se dieron a conocer en la nación entera. El secular Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca era la única Alma Mater para los niños de México en el siglo xix. Produjo en aquella parte del país toda una generación cuyos afanes, afectos, luchas e ideas impulsaron a Matías Romero a hacer por sí mismo y por el país más de lo que hubiera hecho él solo. Aquellas “sociedad de compañeros” lo mantuvo alerta y en acción toda su vida. Los graduados del Instituto de Oaxaca pueden compararse con los alumnos de la famosa “Prepa” de la ciudad de México (la Escuela Preparatoria de una generación más tarde), si bien es cierto que ésta podía impartir una educación más perfecta. Todos aquellos adolescentes —dicho sea de paso—

fueron amigos suyos de adultos. Oaxaca estuvo también presente en el alma de Romero con sus paisanos, lo mismo que ocurrió con sus padres y deudos. El Instituto de Artes y Ciencias abrió su mente al estudio de la ley y la cerró a los dogmas organizados de la Iglesia Romana. En sus últimos años Romero siguió manteniéndose firme en sus ideas sobre la educación de los jóvenes.

La escuela ayudó a la formación de la escritura manual típica de Romero, que sirve para identificar algunas de sus notas donde revela sus primeras opiniones acerca de asuntos públicos o privados que le interesaban. Hay documentos familiares y cuentas donde se ve que los Romero, aunque no eran ricos ni formaban parte de la aristocracia terrateniente, tenían y adquirieron propiedades y fuentes de ingresos en varias partes de Oaxaca. Les debían rentas y partidas diversas. Romero intervino, en su calidad de abogado brillante y promotor, en la administración paterna de los negocios. Por lo menos él continuó trabajando en archivos de la familia. Con tal motivo hizo Romero un primer viaje a la capital de México en 1854, probablemente con su padre, antes de regresar a allá, para quedarse, en 1855.

Durante aquellos meses, Romero encauzó su atención y sus cartas a los negocios públicos de México, sobre todo a las relaciones internacionales y a las cuestiones extranjeras. Recopiló estadísticas de los impuestos aduanales recogidos en todos los puertos y aplicados al servicio de la deuda londinense. Se han conservado cuatro páginas de documentos sobre el pago de los débitos en propuesta dirigida al Gobierno supremo de México y al Secretario de Hacienda, páginas que fueron sin duda alguna escritas por la mano del joven Romero. Evidentemente se trata de una copia que él quiso conservar, pero está fechada en la capital de México, en enero de 1854, tras haberse librado del servicio militar y habersele permitido emprender el viaje a aquella ciudad. Mas Romero no logró impresionar al gobierno nacional mexicano, presidido por Santa Anna, con sus ideas y aspiraciones. Tuvo que esperar hasta el año siguiente para tratar de causar impresión en el gobierno central. Con estilo retorcido, casi barro-

co, trata Romero en una de sus cartas de evitar una carrera militar, aunque fuera obligatoria, y de abrir las puertas a la profesión civil que él quería seguir.

Romero dirigía su atención a la diplomacia, la deuda nacional y las relaciones exteriores. Ya en 1853 y 1854, apenas a los dieciséis años de edad, empezaba a pensar en las directrices que habrían de guiarlo en el siguiente año de 1855: conseguir su adscripción a la Legación de México en Londres. En aquellas primeras cartas suyas hay varias páginas de documentos —también escritos por él— con comentarios y glosas marginales sobre los contenidos de la Convención de Reclamaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña en 1854. Los comentarios de Romero están hechos en inglés, con lo cual se demuestra que esas notas se compusieron por lo menos después de 1855, época en que empezó a aprender aquel idioma, y probablemente en los años del 60, cuando adquirió la suficiente práctica en el mismo. Se conservan también sus primeras opiniones escritas sobre el derecho internacional, que pronto incorporó a su primer libro sobre el tema y, tiempo después, a las discusiones y a la correspondencia que sostuvo con su notable amigo argentino Carlos Calvo.

Cuando fue a la ciudad de México, dejó tras de sí en Oaxaca su interés juvenil por las artes de la poesía y las *belles lettres*, los versos escritos, las charlas de filosofía y los argumentos de política mexicana. Romero dejaba también a muchos compañeros jóvenes que compartían con él aquellas inquietudes intelectuales. Siempre supo ganar y conservar amigos. Las cartas que éstos le escribían a México demuestran lo mucho que lo echaron de menos cuando salió de Oaxaca. Su tono es perfectamente romántico y propio de una edad en que se exaltaba la juventud y la tristeza, de la edad de Mazzini, Byron, Esteban Echeverría: estilos de expresión que Romero compartía en aquellos días y que después superó inequívocamente. Su gran amigo Luis Bolaños compartía su admiración por Byron.

Su familia estaba aún más cerca de él; su padre murió en los primeros tiempos de la Guerra de Reforma. Romero dejó a su madre y su hermana en Oaxaca en 1855. No las vio

durante diez años, hasta que fueron a Washington en 1865. Cuando abandonó Oaxaca para ir a México en 1855, suplió su ausencia con las cartas. Amoroso y fiel con su hermana Luz y sus hermanos José y Cayetano, Romero se encargó de la educación y el mantenimiento de los hijos de aquéllos, convirtiéndose casi en padre suyo durante muchos años, pues él no tuvo descendencia. El interés y la preocupación que demostró por su familia formaban parte de un carácter que se había forjado por la influencia de sus padres, por su historia personal y por su educación. En público, Romero era reservado, cuidadoso y comedido; solamente sus familiares y amigos conocían bien el lado íntimo y emocional de su temperamento.

De muy pequeño, Matías Romero tuvo como primer maestro de estudios primarios a don Clemente Ramírez. No sabemos si aquel maestro-sustituto dejó en él alguna huella moral duradera. No ha sido para Matías Romero el guardián, el compañero o el mentor que Simón Rodríguez fue para Simón Bolívar. Don Clemente probablemente impartió a Romero una educación memorística. Después de recibir aquella instrucción elemental, pasó al Seminario de Santa Cruz (escuela parroquial) para estudiar "mínimos y menores". Tenía once años en 1848 cuando ingresó al Instituto de Ciencias y Artes oaxaqueño. En él recibió Romero una influencia mucho más importante: Benito Juárez, sin embargo, durante toda su vida recordó otra que su hermano José, mayor que él, había ejercido también en su carácter: en 1883 enfermó en Londres y, en la historia de los síntomas que preparó para el médico inglés que lo atendía, escribía lo siguiente:

Nací en la ciudad de Oaxaca, México, el 24 de febrero de 1837. Tengo un hermano con cinco años más que yo y, cuando llegó a la edad escolar, mis padres me enviaron con él al colegio. Este hecho me impuso un gran esfuerzo mental, para el cual es muy probable que mi cerebro no estuviera del todo desarrollado entonces. Ese incidente pudo haberme afectado para toda la vida.¹

Hasta su virilidad no supo que, con el nivel alcanzado

por él cuando tuvo once años, superó la competencia y la inhibición que de niño hubo de afrontar. Cualquier esfuerzo excesivo mental o cerebral que se pueda suponer no fue bastante para impedir que Romero denotara una clara inteligencia, una juventud brillante y una excelente facilidad para la prosa española. No pasó mucho tiempo sin que sus conciudadanos oaxaqueños conocieran a Matías Romero y lo distinguieran públicamente. Se le honró ya encomendándole la lectura de un escrito ante el Instituto de Ciencias y Artes. Tenía el muchacho 14 años cuando se enfrentó a sus mayores, se adelantó en el cumplimiento del viejo rito iniciador del mundo educado y pronunció su primera lección. Nos lo imaginamos nervioso, y sin embargo confiado, reprimiendo su ansiedad con los frenos firmes y conscientes que utilizó después a lo largo de su vida. En su primera aparición solemne, Romero estaba bajo los auspicios de Benito Juárez y los eruditos de Oaxaca, abogados y clases cultas que acudieron a verlo y escucharlo. Era su primer paso en la vida pública.

En una hoja de sus papeles personales está la invitación dirigida a todos con el anuncio del evento:

Los ciudadanos Ignacio Martínez, comandante general del Estado y Licenciado José I. Sandoval, Magistrado de la Excm. Corte de Justicia y Diputado del Soberano Congreso de la Union, suplican a Ud. con protesta de gratitud se digne asistir al acto de FILOSOFIA que en la Aula General de Instituto de Ciencias y Artes sustentara su ahijado MATIAS ROMERO el dia de mañana a la hora de costumbre. Oaxaca, Noviembre 11 de 1851.

El joven Romero sabía ya hacia dónde orientaban su propia carrera aquellos amigos suyos. Encontró entonces otros fuera de su familia a quienes admirar y con quienes competir. Con la adolescencia, su estimación propia y la alabanza de otros, la sombra de su hermano José se desplazó pronto a los rincones de su espíritu. Romero creció seguro en las nuevas emociones y afectos de su pubertad y su primera juventud. Era lo bastante juvenil y elástico para descubrir a hombres más viejos que, como Juárez, lo emanciparon de sus hermanos mayores. Pero, de éstos, José tenía algo que Matías envidió toda su vida y que nunca pudo tener: un hijo.

Estaba a punto entonces de declarar su independencia. Su propia ambición le dio la inquebrantable determinación de superarse. Convenció de ello a su madre y a su hermano, se fue a México y después al mundo; su hermano José se quedó en casa. La ciudad de México lo llamaba; allí estaba Juárez, y Matías dejó a su madre y a su hermano para buscar un nuevo orbe. Pero aún había dentro de él profundas raíces. Romero no era todavía él mismo, el hombre maduro y de mente clara que sabía reprimir sus emociones. Sus estudios legales le dieron el don de la política y la diplomacia. Desde 1853, el joven Romero había puesto ya sus ambiciones en los quehaceres legales y de gobierno. Fue entonces —a los dieciséis años— cuando su fidelidad, su previsión y su elección sufrieron la primera gran prueba: en 1853 Lucas Alamán, el meritorio conservador mexicano, tomó parte en un movimiento encaminado a poner a Santa Anna en la Presidencia de México. Por el Tratado de La Mesilla había perdido el país otros territorios del norte a favor de Estados Unidos. En dirección opuesta, especialmente en Oaxaca y el sur de la nación, luchaban incansables la fuerzas del liberalismo, el republicanismo y la reforma política. En Puebla estaban los que abogaban por el liberalismo económico, como el industrial Esteban de Antuñano. Romero sabía que las tribulaciones de los liberales políticos y constitucionales habían sido severas, incluso durante los años de su triunfo, desde 1824 hasta 1834, antes de nacer él; sabía también que las reformas liberales de esos años habían sido anuladas por Alamán, Santa Anna y los generales que ganaron y perdieron el poder durante los veinte años transcurridos de 1833 a 1853. El plan y el pronunciamiento habían suplantado a la Constitución. Y, lo que era aún peor, se habían perdido vastas extensiones del territorio. La estrella del liberalismo descendió a su nadir aquel año de 1853, en que Benito Juárez, Melchor Ocampo y otros fueron expulsados. Marcharon a su famoso exilio en Nueva Orleans. Matías Romero no tomó parte en los graves sucesos de aquellos días.³ Entre el destierro de 1853 y el retorno de los liberales en 1855 advino el alzamiento liberal de Ayutla en 1854. Romero era todavía demasiado jo-

ven; preparaba a la sazón su profesión civil. Durante los años críticos de 1854 a 1857 sólo su profesores de Oaxaca lo aceptaron y reconocieron. No tuvo tiempo más que de tomar un curso de derecho en la capital de México a poco de llegar allí. Existe un certificado expedido por un juez, donde se asienta que Matías Romero hizo prácticas legales bajo vigilancia desde el 3 de diciembre de 1855 hasta septiembre de 1857. Atestigua también la firmeza de carácter de Matías Romero y recalca su "extraordinaria aplicación y su juicio y capacidad poco comunes". En septiembre de 1857 se recibió de abogado en la ciudad de México; en aquel entonces Romero mismo pidió copias de dichos testimonios para remitirlas al rector del Colegio de Abogados. El fiscal de la Suprema Corte aprobó su graduación tras el examen que presentó el 8 de octubre de 1857. Recibió todo el apoyo de su amigo oaxaqueño Ignacio Mariscal, con quien había hecho prácticas jurídicas en la ciudad de México.⁴

Matías Romero anunciaba así su profesión legal:

Matías Romero, recibido de Abogado por la aprobación unánime del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y del Ilustre y Nacional Colegio de Abogados, tiene la honra de ofrecerse a las órdenes de V. en la 2ª Calle del Relox número 6.

En octubre de 1857 Benito Juárez escribía a Matías, felicitándolo y saludándolo en el "climax de su carrera" y por "lo mucho que honra a nuestro Estado". En todas las cartas posteriores que escribió a Romero se mostraba cada vez más efusivo y amistoso, pues admiraba, después de que aquél se recibió, su diligencia y seriedad. Si mucho después —en 1872, cuando murió Juárez— escribía Romero que había sido como un padre suyo, tal vez fuera porque en 1857 Benito Juárez se dirigía en carta a Romero llamándole "mi muy apreciable ahijado", y no "apreciable amigo". El afecto común que se tenían era hondo, pese a la frialdad de las expresiones externas de ambos.⁵

Probablemente Romero hubiera seguido a Juárez de Oaxaca a México en cualquier caso, pero en 1855 se decidió a hacerlo rápidamente, pues Santa Anna, el dictador restau-

rado, suprimió las clases de derecho en el Instituto de Oaxaca, siendo ello motivo de que el joven Romero dejara su ciudad para irse a la capital. Cual planeta nuevo y no centrado aún, gravitó en la órbita de una de las luminarias grandes y familiares de aquella época: Benito Juárez. Nunca miró hacia atrás. En 1855 el nacionalismo, el liberalismo y sus ambiciones personales alejaron a Romero de la provincia y lo llevaron al gobierno central, camino usual para pasar de lo regional a lo nacional. La suma política del poder en México es siempre mayor que sus partes.

A finales de octubre de 1855, Matías Romero tomó los primitivos caminos montañosos que llevaban a la ciudad de México, cruzando la gran sierra meridional de Oaxaca a Puebla. Conjugó los negocios de familia con el viaje. Tenía mucho quehacer antes de llegar a la capital. Aunque la persona de Juárez lo atraía como un señuelo, y a pesar de su intenso deseo de conseguir un cargo público y poner en práctica sus estudios legales, el joven Romero se detuvo en el camino dando satisfacción al lado práctico de su espíritu y su fuerte sentimiento familiar. Varias veces se ocupó en su ruta de los créditos y dineros que debían a su padre. Arregló lo mejor que pudo las cuentas y las rentas de los suyos en la alta Oaxaca. Esas tareas no consumieron todo su tiempo; llevó consigo la suficiente influencia de su madre, lo mismo que el interés y el hábito religioso juvenil de asistir regularmente a misa. En aquel tiempo Romero aún podía comer bien; estaba en pleno esplendor y tenía toda la salud de su juventud. Era sereno, fuerte y se sentía en buenas condiciones. La vida la fue fácil en aquel viaje lleno de sucesos; la única molestia que sufrió Romero fue la compasión que sintió al comprobar por primera vez "las costumbres del pueblo... y el estado de completa ignorancia" en que lo vio.

La ruta que Romero siguió fue la precortesiana y colonial que va de Oaxaca a Tehuacán, en el Estado de Puebla. Allí se detuvo.⁶ Romero no guardó en secreto sus grandes planes; hablaba de ellos a sus efímeros compañeros de viaje, con la excitación del adolescente que exponía sus proyectos, espe-

ranzas y aspiraciones de ir a Europa. Cuando llegó la diligencia de México, la abordó y llegó a la capital el 19 de noviembre. Su padre, que había ido antes, salió a recibirlo; su madre, su hermana y sus hermanos quedaban atrás, en Oaxaca.

No estaba solo en la gran ciudad; en ella había ya muchos oaxaqueños: unos mayores, como su padre y Benito Juárez, otros jóvenes como Félix Romero (a quien no conocía) e Ignacio Mariscal. También estaban allí otros conocidos y parientes. En los círculos gubernamentales, empero, era desconocido. Tuvo, sin embargo, que adaptarse primero a la vida de la ciudad y, durante su primera semana en ella, dedicó la mayor parte del tiempo a habituarse a la mayor altura, a la proximidad de las montañas más frías y a la negociación de cuestiones monetarias de la familia, giros y cuentas con la casa bancaria de Jecker. Su nueva adaptación, sin embargo, no desplazó las ambiciones que llevaba dentro. Si cabe, Romero tenía más aún en su mente a Europa; escribe en su *Diario* que “hablaba en francés” para estudiar y prepararse por cuenta propia. De día, Romero paseaba por la capital, deambulando desde la catedral a la Alameda, disfrutando de las cosas nuevas para él, las oficinas públicas, iglesias y gentes de aquel México más pequeño que el de hoy; de noche se dedicaba a la conversación con amigos y conocidos y a su diversión favorita: la ópera y el teatro. El paso del muchacho provinciano a la capital fue bastante fácil.

Pasó toda una semana antes de que viera a Benito Juárez. Romero pensaba en un cargo dentro del gobierno, de preferencia en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Iba a solicitar la intervención mediadora de Juárez. Creía justificadamente que su célebre paisano —cercano a la sazón a los cincuenta años— se sentía ya interesado y atraído por el joven Romero, de dieciocho. El 25 de noviembre fue al Hotel Iturbide para ver a Juárez. Lo encontró solo. “Le dije que acudía a él de parte de D. Marcos Pérez (director del Instituto de Oaxaca) y le indiqué mi deseo de trabajar sin paga en Relaciones Exteriores.” El *Diario* de Romero, voluminoso pero pulido, recuerda aquella entrevista histórica entre los dos oaxaqueños cuya simpatía mutua superó y casi

anuló la diferencia de sus edades. Anota que Romero había conjeturado bien. Juárez le ofreció llevarlo personalmente al Ministerio de Relaciones Exteriores. Así se inició la gran carrera política de cuarenta y cuatro años que emprendía Romero; casi medio siglo de historia moderna de México.

Estuvo muy activo en la ciudad de México, haciendo mucho por sus amistades y conocidos, recibiendo de ellos y escribiéndoles cartas, cumpliendo los encargos que le hacían, buscándoles trabajo y enviándoles libros. A algunos de sus amigos de Oaxaca, especialmente a Luis Bolaños, el más íntimo de ellos, reveló Romero su capacidad de sincerarse, que rara vez externó a nadie excepto a su madre, a su hermana y a su esposa. Bolaños veía en los afanes intelectuales y juveniles de Romero los suyos propios, pero ambos jóvenes diferían por su temperamento y aspiraciones. Bolaños se quedó en el ambiente de la "pequeña ciudad" y fue el poeta local, el hacedor de versos; Romero le había confiado ya que su intención era hacer carrera en Europa, en alguna Legación de México. Pero ni siquiera a Bolaños le confesó Romero que su pretensión era alcanzar un puesto en Londres, capital del mundo diplomático. Tal vez en Oaxaca no se hubiera atrevido ni a pensarlo, pero unos pocos meses después pidió abiertamente en México ese nombramiento. Fuera que su amigo Bolaños hubiese aprendido a valorar la capacidad de Romero, o que, como poeta, sabía vivir con la fantasía de la juventud, el caso es que profetizó para Romero una carrera de "honor, gloria y fortuna, y no dudó que la Providencia te los tiene destinados". Romero recibía de Bolaños noticias, chismes e informes de lo que pasaba en Oaxaca y en "nuestro amado Instituto".

También le escribían otros amigos que tenía en aquella ciudad. Como nunca cortó sus lazos con Oaxaca, salvó allí su estimación en la familia, entre los amigos y los líderes políticos. De ese modo venció su nostalgia y conservó vivos sus recuerdos familiares, regionales y personales de su niñez, así como sus relaciones políticas. La familia de Romero, especialmente la de su madre, tenía cierta importancia y él ya no lo sabía. El gobernador de Oaxaca le escribía de vez en cuan-

do. En enero de 1856 el gobernador Juan Celis le envió una carta a la capital de México en contestación a otra de Romero del mes anterior. Le decía que esperaban al día siguiente a Juárez en la ciudad y que los funcionarios del Estado irían a darle la bienvenida con grandes honores. También por otras misivas que recibía Romero se demuestra claramente la gran estimación de que gozaba aquel gran "hijo natal" del Estado de Oaxaca. Juárez regresaba para ser gobernador del mismo.

A veces, los lazos hogareños de Romero quedaron interrumpidos, por corto tiempo, a causa de los sucesos históricos y políticos, o más dolorosamente por la muerte. Su juventud y su carácter lo ayudaron a sobreponerse a las malas noticias. Pocos meses más tarde, en abril de 1856, quedó solo y triste al comunicarle su tía Josefa Avendaño la muerte de su amigo mejor: Luis Bolaños. Trataba también aquélla de averiguar por Romero si Bolaños se había casado legalmente; al parecer, únicamente Matías lo sabía. Con la muerte de Bolaños se hubiera dicho que Romero perdió para siempre su interés por la poesía y las artes literarias. Se orientó, en cambio, a la política mexicana y a los problemas económicos, tratando de ocupar su mente y concentrarse en el destino que había elegido. Pero nunca dejó de escribir, y le gustaba hacerlo. No tuvo un amor femenino temprano, que le pusiera a tono con el romanticismo juvenil. Todo lo que guardó de sus primeras aficiones en Oaxaca fueron la ópera y el teatro: las artes dramáticas. La muerte de su mejor amigo en 1856, como la de Benito Juárez en 1872, no impidieron que Romero siguiera adelante en su vida y en su trabajo.

Volvió entonces a su amistad y su correspondencia con Benito Juárez. Romero se orientó hacia él por modo natural como a mayor suyo, sobre todo cuando la tragedia y la crisis nacional de México agrandaron la imagen que guardaba de Juárez y exaltaron su admiración personal por él. Romero le escribía con regularidad y a menudo, tratando de conocerlo mejor y de causarle buena impresión para poder contar con el apoyo del gobernador cuando lo necesitara.. Juárez le contestaba, a veces recomendándole personas, otras discutiendo

con su protegido las corrientes políticas de México, por ejemplo las razones de que hubiera renunciado el presidente Juan Álvarez, la necesidad de fortalecer al Partido Liberal Mexicano y de vigorizar la vigencia del derecho en México. Trataba con el joven Romero importantes cuestiones financieras del país, conociendo éste por ese camino la influencia de la acreditada firma comercial de Barrón, Forbes y Compañía.

Romero aparentaba más importancia de la que tenía en realidad. Adoptó aquel porte para compensar su corta estatura y su aspecto demasiado juvenil. El hecho es que desempeñaba un cargo sin importancia y no figuraba en la nómina del gobierno; ni siquiera servía a éste regularmente. Pero, a juzgar por sus cartas, sus maneras y su *Diario*, conocía muy bien los más trascendentales asuntos de Estado. Romero nos pinta un divertido retrato de su carácter personal en aquella época de su vida, so pretexto de una carta cuidadosamente redactada que dirigía a Juárez en noviembre de 1856; en ella le informaba que las relaciones de México con Inglaterra se habían hecho muy tirantes, siendo por entonces Lord Palmerston primer ministro. Solemne y sobriamente advertía el joven Romero a Juárez el peligro de que México fuera a la guerra contra Inglaterra; se extendía en torno a problemas financieros del país, activos, depósitos públicos. Era una de las primeras aventuras por los campos que habían de ser después su especialidad: las finanzas públicas, que estaba destinado a dominar y en las cuales alcanzaría más tarde la categoría máxima como secretario de Hacienda en el gobierno del mismo Juárez. Al terminar su grave exposición, Romero prevenía así a su mentor y mayor de edad en las últimas líneas de la carta:

... las reservas de las importantes noticias que ahora tengo el gusto de comunicarle no creo necesario recomendársele a V. pues V. tan experimentado en negocios hará el uso que le convenga. . . 7

Juárez contestó pronto esas cartas y coincidió con varias de las ideas expresadas por Romero, una de las cuales se refería a la propuesta Convención Española de Reclamaciones y a la postura adoptada por el gobierno de México.

Proyectaba ya entonces ser un escritor especializado, preparando su prosa para que expresara el conocimiento remoto que tenía de las relaciones exteriores mexicanas. El 1º de julio de 1857 escribió audazmente a Buenaventura Vivó, mexicano que se había naturalizado español y radicaba en Madrid, pidiéndole un ejemplar de las *Memorias* de su vida pública durante los años que representó a México en la corte española. Aquella obra abarcaba un largo período de relaciones de México con España y podía ser muy útil a Romero no solamente para la formación de sus ideas y su conocimiento de la política exterior mexicana, sino también para preparar su primer libro, la *Tabla sinóptica*, en que trabajaba por entonces y para el que estaba reuniendo datos e ideas. Romero recordaba a Vivó que la edición impresa por él de sus *Memorias* lo fue sólo para sus amigos y que él no había conseguido ningún ejemplar. Pedía, pues, a Vivó que le enviara un ejemplar y le decía que se lo pagaría bien, o, mejor aún, que le indicara a alguien que se lo diera.

Al final de aquella carta, Romero ponía un *post scriptum* donde insinuaba a Vivó su situación en el gobierno, al decirle que, si no le servía de molestia, enviara el ejemplar de las *Memorias* y la contestación a la carta de Romero a la Secretaría de Relaciones Exteriores. En otra misiva del 30 de noviembre decía también, con la misma intención insinuante, que los caballeros de Relaciones Exteriores saludaban a Vivó por conducto de sus cartas. Acaso Romero no percibiera paga por su trabajo, pero aprovechaba bien el encabezado oficial de su correspondencia.

Aunque Romero estaba ávido de escribir su primer libro, lo que Benito Juárez prometió a Romero y lo que pudo o no pudo hacer eran cosas distintas; Ignacio Mariscal, otro de los amigos de Romero, aconsejaba a éste que pidiera un puesto de más representación y algún sueldo, y que procurara practicar algo el derecho en los tribunales o en la Secretaría del Tribunal del Distrito Federal. Pidió a Romero que reanudara sus estudios jurídicos cuando se abrió la Escuela de Derecho.

Romero no era un idealista. Sus ambiciones fueron prác-

tics y se preparó para consumarlas, pero no olvidó sus necesidades profesionales cotidianas. Oscilaba entre dos objetivos: su escribanía sin retribución en Relaciones Exteriores con miras a ir después a Europa, o la carrera legal en los círculos económicos y políticos de México. Sus miras estaban en el servicio diplomático o en los tribunales y tomó providencias en ese sentido para el año siguiente. Su amigo Ignacio Mariscal (futuro jefe de los servicios diplomáticos mexicanos durante casi una generación) aconsejaba a Romero estudiar y practicar la abogacía en la capital y el Distrito Federal. Juárez, abogado y juez, estimulaba la predilección de Romero por las relaciones exteriores; ¡Mariscal, el futuro diplomático, lo empujó, en cambio, por el camino de la ley! Ambos acertaron con él.

Juárez prevaleció; Romero empezó su trabajo en el gobierno como ayudante de secretario. Redactaba las cartas que los ministros leían y firmaban. Romero estaba ansioso de hacer cualquier cosa que se le encomendara. Tuvo también los suficientes recursos y capital para poder prestar en una ocasión a Juárez 100 pesos que necesitaba.

Juárez aceptó las dos ofertas y empezó por darle cinco cartas para otras tantas personas que él debía contestar. Con aquellos principios y con la práctica que adquirió no tardó Romero en llegar hasta los principales funcionarios de Relaciones Exteriores. Durante algunos días trabajó solamente para Juárez, pero al fin, el 28 de noviembre de 1855, llegó su nombramiento para la Sección de Europa en calidad de secretario sustituto. Aún tuvo la audacia y la habilidad de buscar el cargo de secretario en la Legación en Londres. Nadie podía entonces sospechar siquiera que la grandeza de Romero se dejaría sentir en la Sección Americana de Relaciones Exteriores, y no en la Europea. No obstante, en aquellos días de ímpetu y de aprendizaje impaciente, hasta Juárez aceptó las aspiraciones elevadas y precoces del joven Romero sin una sonrisa. Le prometió hacer cuanto pudiera por conseguirle el nombramiento para la Legación en Londres como secretario. Pero también él se vio empujado por las olas y remolinos de la Reforma. El joven oaxaqueño, inexperto en diplomacia,

tenía toda la tenacidad y confianza en sí mismo, y los amigos necesarios para compensar su juventud y su falta de experiencia. La época lo favoreció tanto como sus amistades.⁸

Precisamente en aquella época reanudó Romero sus estudios jurídicos. Iba regularmente a los tribunales para observar los métodos aplicados en el Distrito Federal. No podía confiar enteramente en Juárez —ni lo hizo tampoco—, quien no era aún la figura nacional que más tarde había de ser. Muchas veces, incluso, no consiguió verlo para averiguar lo que en realidad hacía por él. En aquel tiempo Juárez tuvo que renunciar prácticamente como ministro. Romero tenía más tiempo para pasear por la Alameda y observar su invariable asistencia a la iglesia, sobre todo a la *misa de las locas*, que se celebraba temprano. Conoció la mixtificación de costumbres de la capital de México. Nunca fue presa del tedio, pues su tiempo le alcanzaba para estudiar la ley. Siempre supo qué hacer en el presente o en el futuro. Escribió su libro; no esperó pasivamente a que ocurrieran las cosas; actuó en los intervalos de la influencia de Juárez en el gobierno. A la vez que desempeñaba los cargos oficiales, se entrenaba en el derecho y escribía su libro. Romero acometió el estudio del inglés y el francés, pues aún esperaba alcanzar el puesto diplomático más importante en el mundo. Nunca utilizó el francés tanto como el inglés, que siguió estudiando durante sus primeros años en Estados Unidos hasta llegar a dominarlo. Manejaba con maestría el vocabulario.

Aquella no era una vida de trabajo, orientación, planeamiento frío y estudio incesante para el joven Matías Romero. La ciudad de México ofrecía placeres y cultura. Romero tenía otras facetas además de su carrera, sus aficiones literarias y el amor que sentía por su familia y sus amigos: le gustaban la música y el teatro. La ópera y las tablas en su juventud, y la Sociedad Filarmónica de la capital de México en sus años posteriores tuvieron un lugar en sus sueños y aficiones. A diferencia de muchos mexicanos y otros latinoamericanos —sobre todo los de su generación—, que supieron unir los afanes literarios con los políticos, a Romero no le interesó el cultivo de la poesía, la novela o el ensayo. Su personalidad,

forjada en el prolongado estudio de cuestiones prácticas como son el derecho, la historia, la economía y la diplomacia, se entretenía y conmovía más con las imitaciones de la vida que brindan el teatro y la ópera. A ellos dedicó muchas noches cuando estuvo en México, Washington, Nueva York —de joven— y en París, Londres, Berlín, Estocolmo, San Petersburgo y Madrid, cuando tuvo más edad. Tampoco la pintura, la escultura ni las bellas artes de la plástica fueron parte viva de sus intereses intelectuales. Aunque le llamaban la atención los museos del Nuevo y del Viejo Mundo, acudía a ellos como turista inteligente, no como artista, mecenas o aficionado. Por otra parte, Romero nunca cultivó la amistad de actores, cantantes o artistas. Era un espectador del teatro. Nunca cruzó las candilejas hacia el mundo de las tablas. Sus amigos estaban en el mundo real, donde él trabajaba, no donde se divertía.

Fue en las artes del gobierno donde puso su principal inclinación y a las que dedicó su tiempo. Había un mundo para el placer y otro para el trabajo. El hombre tenía que andar con medida, escoger bien sus colores, situar con justeza las perspectivas y dimensiones políticas y cuidar su apariencia pública. Todavía mayor y más provocativa era la discordancia existente entre los valores privados de Romero y la tendencia nacional hacia el liberalismo que prevalecía en México y chocaba especialmente con sus prácticas religiosas. Revelaba —cosa extraña en un joven que dependía de Juárez y la causa liberal— un sentido religioso que sobrevivía en él: iba a misa, escuchaba los sermones en la Catedral, presenciaba las procesiones religiosas y otras manifestaciones eclesiásticas. Eso duró los dos años que permaneció en la capital de México. Su madre estaba al alcance de su correspondencia y su padre vivía también en México. Acaso esos hechos hayan prolongado su fe interior. No la perdió hasta el exilio de 1858, su huida y la Guerra de Reforma.

Tuvo aún mucho tiempo disponible mientras esperaba que el gobierno le diera el puesto que tanto anhelaba. Romero era madrugador. Dedicaba las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde a visitar la iglesia; la mayoría de sus

tardes estaban ocupadas por las reuniones con los amigos y su presencia en el teatro y la ópera. El drama de la liturgia eclesiástica era una especie de teatro. O estaba esperando a Juárez: acaso esto lo explique bastante bien. Conforme creció, se fue acentuando esta ambivalencia. El conflicto obvio entre la herencia de sus padres y su lealtad a la generación liberal del 57 se planteó lentamente cuando Romero se hizo adulto. Al pasar el tiempo, Romero tomó su decisión. Separó las políticas de la iglesia y el estado, y las creencias privadas del individuo. Con eso satisfizo sus ideas políticas y la enseñanza familiar. Al principio, el joven no tuvo necesidad de escoger. Pero la revolución y la grave crisis mexicana de 1857 a 1867 agudizaron su vista. Aprendía siempre.

Las noticias de la sublevación de Oaxaca y el pronunciamiento de fines del año 1855 contra el gobierno de Comonfort dieron oportunidad a Romero de hacer algo positivo e inmediato. Con un comité de oaxaqueños acudió a ver al presidente Comonfort para que les diera armas, ofreciéndose como voluntario para formar una especie de guardia nacional e ir a Oaxaca y poner fin al alzamiento. Pero allí se encontró con que su ofrecimiento era ya inútil por la intervención de la figura mucho más importante de Benito Juárez: el presidente Comonfort dijo al ardoroso grupo que acababa de autorizar a Juárez para que reuniera armas con el mismo objeto. Comonfort, sin embargo, aceptó la idea de que fueran como voluntarios. Pero pronto Romero se sintió desautorizado —no importan las causas— al saber que Benito Juárez deseaba que se quedara en México. Se le dijo a Romero que no era necesario que volviera a Oaxaca, de donde acababa de salir; era más útil en el gobierno central. En todo caso, Romero no tuvo la ocasión de arriesgar su vida y ganar fama de patriota. Se quedó atrás. Juárez se opuso también a la “guardia nacional”. Antes de salir éste para Oaxaca a sofocar la rebelión, pagó a Romero los 100 pesos que le había prestado el mes anterior.

A fines de diciembre de 1855 Romero tenía poco que hacer en México fuera de su rutina. La mayoría de sus compañeros pudieron unirse a Juárez en la campaña de Oaxaca. Perdió

la ocasión de volver a casa de su familia. Juárez se fue. El gobierno vivía una vida lánguida. El día de Navidad de 1855 Romero fue a ver la nueva estación de ferrocarril que se construía. A pesar de su amigo Mariscal, Romero estudió el inglés. Durante aquella semana visitó con diligencia los tribunales. Disfrutó de la ópera en la noche del 30 de diciembre, asistiendo a la representación de *Semiramis*, de Mozart; unas pocas noches después acudió a presenciar *Lucia de Lamermoor*.

A mediados del invierno de 1855 a 1856, dedicado a su ocupación voluntaria en Relaciones Exteriores, acometió de nuevo Romero la preparación de su primer libro. Cuando no tenía que contestar cartas y redactar documentos diplomáticos su actividad diurna en el Ministerio era la elaboración de su historia diplomática de México, que él llamó *Tabla sinóptica de los tratados*. El proyecto comenzó a tomar forma y figura. Su trabajo en Relaciones le dio la oportunidad de conocer funcionarios que le permitieron el acceso a los archivos. Desde entonces, Romero buscó el trato de funcionarios de Relaciones como como Lucas de Palacio, Sebastián Lerdo de Tejada e incluso Benito Juárez, y no cejó en su empeño hasta 1859, año en que por fin consiguió la aprobación oficial para imprimir su libro antes de abandonar México para ir a Estados Unidos.

A comienzos de 1856 Romero sabía muy poco de su presente y su futuro en Relaciones. En febrero decidió ver al rector del Colegio de Abogados. Presentó solicitud de matrícula, terminó sus estudios legales y obtuvo su diploma de aquella escuela de derecho. La escuela, la *Tabla sinóptica*, los estudios de inglés y francés, el teatro y la ópera, y sus cartas en Relaciones fueron las diversas facetas que ofrece su preparación y su crecimiento.

Aún no había mujeres en la vida del joven. En la capital mexicana de aquellos días era mal visto acompañar a las muchachas si no existían relaciones formales de noviazgo y Romero no tenía tiempo de pensar en el matrimonio. Pero, aunque no salía con las jóvenes ni pensaba en casarse, la curiosidad por el aspecto sexual de esa institución evocó en

él los sentimientos normales del adolescente y en su *Diario* cuenta: "Leí el primer tomo de la *Psicología del matrimonio*." No fue la suya, empero, una adolescencia agitada. Tal vez sus costumbres religiosas, o la presencia de su padre, o las ambiciones que tenía hicieron que su vida fuese muy formal. La mayoría de las mujeres que conocía estaban casadas, eran respetables "doñas" cuyos hogares visitaba socialmente y acompañado. Las ideas decimonónicas que tuviera respecto al amor, el romance, la virtud y el matrimonio sólo pudo adquirirlas de las óperas o del teatro que veía. En mayo y junio de 1856 acudía a esas funciones casi todas las noches. No tenía diecinueve años; los libros que menciona haber leído eran todos serios. Seguía escribiendo a su "mamá" fielmente, por lo menos una vez a la semana. Aunque estaba en la capital de la República, vivía cerca de su familia y en relaciones con la Iglesia en algunas cuestiones. Su educación secular en el Instituto de Artes de Oaxaca y su estudio de la ley no le impedían escribir a su tío sacerdote José Isidro Romero. Cuando salió de Oaxaca para ir a México, la Sociedad de San Vicente de Paul le pidió que interviniera en el Consejo Provincial de la Sociedad en aquella capital. La amistad personal de Romero con el famoso arzobispo Gillow—obispo más tarde de Oaxaca— fue prolongada.

Físicamente, Romero nunca fue demasiado fuerte, aunque tampoco era débil. Su voluntad lo hizo resistente. Como sus males eran constitucionales y, a la vez, funcionales, padeció con frecuencia los efectos de la altura y el clima de la ciudad de México. Debemos recordar la declaración de Romero, quien asegura que sus deseos de alejarse de México obedecían a su ambición de ir a Europa. Asimismo hemos de tener presente que su partida de la ciudad se hizo por órdenes y traslados. Con todo, se puede afirmar que la altitud de la capital tuvo efectos dañinos en su salud mientras estuvo en ella. Sufrió también diversos dolores de cabeza y del estómago, que seguramente tuvieron un origen psico-somático, tal vez resultado de sus tensiones internas y sus energías incansables. Ya en su juventud las cefalalgias lo castigaron frecuente y severamente, aunque nunca le impidieron desempe-

ñar sus tareas, mientras pudo trabajar. La cabeza voluminosa de Romero, coronación de un cuerpo nada alto, dio pie a dibujantes y caricaturistas de México y sugiere que probablemente habrá sido suspicaz en cuanto a su físico y a su estatura. Se dedicó en exceso a la equitación y otros ejercicios. La reconstrucción médica de los síntomas que él llamaba sus "ataques cerebrales" induce a creer a muchos historiadores en algún tipo de epilepsia (acaso en el grado de *petit mal*) y señala una fuente orgánica de sus trastornos. No obstante, varias operaciones oculares que le practicaron después, estando en Estados Unidos, lo libraron de dichos ataques y eliminaron el síndrome corriente de vértigos y desmayos que sufría.

Pero más tarde recordaba esto de modo muy distinto y miraba hacia su juventud tan afectuosa y nostálgicamente como cualquiera. Dice que era fuerte:

Sueño: Necesito dormir mucho para sentirme bien. De niño y de joven dormía perfectamente, como dormiría ahora después de viajar a caballo, y lo hacía durante 9 ó 10 horas... Apetito: Nunca tuve mucho, pero de joven podía comer bastante bien y, aunque mis digestiones no fueron demasiado fáciles, tampoco padecí especialmente de ellas.⁹

Aquellos síntomas desaparecieron. Lo más importante de todo esto es que sus desórdenes, enfermedades y dolores nunca lo hicieron parar en su marcha de trabajo. Cuando murió de repente en 1898 era bastante joven aún (sesenta y un años); el deceso se produjo por una apendicitis perforada y la infección subsiguiente. Fue algo totalmente inesperado. Aunque nunca estuvo en ningún hospital, Romero no dudaba en visitar a los médicos cada vez que le parecía necesitarlo, de modo que, entre los cuidados profesionales y su decisión de laborar, no tuvo necesidad de guardar cama por mucho tiempo.

Cuando sus ambiciones por obtener el nombramiento en Londres y terminar la *Tabla sinóptica* ejercieron sobre él una presión grande en 1856-57, Romero empezó a sentir frecuentes e intensos dolores de cabeza. La vehemencia con que se dedicó a la preparación de su futuro cargo y a la publicación que debía acreditarlo, unida a los pródromos de futuros conflictos

políticos, coincidieron con ciertos desarreglos gástricos que lo importunaron. Cuando fue mayor y más reposado, convencido de que la altitud y el clima de la capital mexicana le habían sentado mal, evitó permanecer en ella siempre que pudo. Acaso en 1857 (tenía entonces veinte años) hubiera empezado esa acción dañina, sin darle él cuenta, pues aquella altura no podía ser demasiado sedante para un temperamento inquieto. Pero Romero no era excitable ni propenso a los arrebatos de ira; parecía frío más bien que emocional en sus reacciones. Sus trastornos, pues, tal vez se daban a causas "psico-geográficas" tanto como a las psicogenéticas. También es posible que, como joven provinciano y advenedizo, la capital política le haya resultado hostil y nociva.

Todavía bastante joven para recordar que el 24 de agosto de 1856 —"me salvé por primera vez"—, puso todo su empeño y voluntad en conseguir el ansiado nombramiento de Londres. Juárez era lento en obrar, o no gozaba entonces del favor suficiente, pero Romero no se atuvo solamente a él y no dudó en plantear su caso a los jefes de Relaciones: Sebastián Lerdo de Tejada y Lucas de Palacio. O no le asustaba la influencia de aquéllos, o su autovaloración era muy sólida. No conocía a ninguno de los dos y tenía que ganárselos. Sebastián Lerdo nunca se entusiasmó con Romero (ni con muchos otros en ese aspecto), pero éste aprendió pronto a admirarlo por su prudencia. Lerdo jugó con el deseo que tenía Romero de publicar una historia diplomática como juega el gato con el ratón.

De Palacio era distinto. Dio a las esperanzas de Romero una base vaga y tantálica al decirle que "se aclararía la situación" cuando se produjera la vacante en Londres, no importa lo que eso haya podido indicar a uno u otro, o a los dos. Con tal motivo, Romero juzgó erróneamente que había ganado nuevos amigos en el gobierno, aparte de Juárez. Creyó incluso que no necesitaba escribir otra vez a éste para que hablara al presidente Comonfort. Eso fue en 1856. Hizo esfuerzos especiales para cultivar a don Lucas de Palacio y el joven Romero creía que "... trataba de colocarme...". Pero se equivocaba. Solamente un muchacho impetuoso o engreído de

las provincias, que no podía contar con sus paisanos oaxaqueños, pudo haber puesto sus ojos tan arriba, en Londres, precisamente cuando emprendía una obra de historia diplomática interna que necesitaba la aprobación y ayuda de Palacio o de Lerdo, y tenía que acudir para ello al gobierno. Hacia octubre de 1856 se preparó definitivamente para revisar, con o sin el permiso de sus superiores, la *Tabla sinóptica* "con el fin de publicarla". Aquella intención la abrigó durante los tres años siguientes, hablando de la idea a quienes lo rodeaban, buscando el primer editor disponible y estando atento a la imprenta de algún periódico o cualquier otra.

Decía mucho después que pensaba darle un formato como el del *Cuadro sinóptico de la República de México*, de Miguel Lerdo de Tejada, pero la primera creación de Romero no se parecía a la de aquél. Elaboró, sin embargo, un útil documento de historia diplomática mexicana con tratados, datos, títulos, nombres de negociadores nacionales y extranjeros y un breve resumen de política exterior. Quería presentar una vista panorámica, la primera en su clase, que ofreciera en forma sistemática las relaciones internacionales de México, con descripciones y narraciones y un mapa. Pero en realidad, y debido a su situación nada sólida en aquel tiempo, Romero usó la *Tabla* como bosquejo y recordatorio que le sirvió para formarse sus ideas históricas acerca de la política exterior mexicana. Su plan era presentar de un vistazo los principales puntos de los tratados concertados por México con el Nuevo Mundo y las naciones de Europa. Dedicó esfuerzos cada vez mayores a la realización del proyecto y estudió fuera de la Secretaría de Relaciones Exteriores. El joven Romero forzaba su marcha y acariciaba la idea de su temprana reputación como autor.

NOTAS

¹ Romero, Ms., Memorándum sobre la enfermedad del Sr. Romero, 6 pp., 1883.

² *Cartas a Romero*, Caja I, 1837-63. Como si fuera su confirmación secular, Romero emprendió la lección de filosofía. Repitió la conferencia al día siguiente.

3 No hay que confundir a Matías Romero con Félix Romero, también de Oaxaca, figura importante de la causa liberal en Ayutla, una generación después. Félix Romero fue el primer secretario del Club Reforma, diputado en la Convención Constitucional de 1857, buen orador que escaló el puesto de Justicia mayor de la Suprema Corte en 1893. Lázaro PAVÍA: *Apuntes biográficos de los miembros más distinguidos del Poder Judicial de la República Mexicana*, 2 vols. (I, 1893).

4 V. original, p. 12.

5 Su diploma y título oficial de abogado, que Romero nunca perdió, está expedido en México con fecha 12 de octubre de 1857. Se conserva en la Caja I (1837-1863). Dice de sí mismo: "En 1855 fui a la ciudad de México y estuve allí dos años, estudiando día y noche y sometiéndome a un gran esfuerzo mental. En septiembre de 1857 me recibí de abogado." Memorándum sobre la enfermedad del Sr. Romero.

6 *Diario de Matías Romero*, 4 vols. ms. (1855-1865), 1 de octubre a 5 de noviembre de 1855.

7 El hecho es que creía realmente en su papel. Su dignidad criolla se hizo connatural en él. Era perfectamente serio, al menos en sus escritos; carecía en todo de humorismo. Nunca se distrajo con el juego, ni con agudezas o bromas, sólo con la ópera y el teatro. Le gustaba el trabajo físico intenso, especialmente la equitación. De mayor hizo ejercicios duros y se bañaba en agua helada para mantenerse en forma. Pero era sociable y le gustaban las tertulias y la compañía de la gente. Rara vez se sintió misántropo.

8 Juárez, al parecer, sometía a prueba las opiniones religiosas de Romero. Remitió a éste una exposición firmada por varias personas que pedían la expropiación del Colegio de San Gregorio, de los jesuitas, y Romero escribe "iba a darle mi opinión...". Juárez hablaba a Romero de la *Ley de Justicia* (de 1855) y pedía a Romero que contestara la petición. Eso ocupó a Romero todo el día. Cuando la terminó, se la dio a Juárez para que la leyera, corrigiera y aprobara, pero, en vez de ello, la rechazó.

9 Memorándum sobre la enfermedad del Sr. Romero.